

# LA ORACION DE LA CATEDRAL

Por. F. Gómez Martínez.

La catedral me dió, de niño, la primera noción de lo grandioso y lo magnífico. Entre el conjunto de edificaciones de la ciudad, todas de dimensiones modestas, sólo ella se destaca monumental, arañando el seno de las nubes con la aguja de su torre y proyectando la cruz de su frontis — el signo de Constantino — sobre el plafón azul. Es para la plaza inmensa como un dosel. Desde lejos, por los caminos que se extienden a orillas de ambos ríos o que tatúan de ocre las montañas, írguese sobre un bosque de palmeras. Hay en la otra ribera del Cauca, en el camino que conduce a Medellín, un lugar desde donde se ve emerger la catedral entre las colinas. En medio del valle, cercada de morros, sola, única, la catedral aparece como un capricho de misántropo. La ciudad que se extiende a sus pies no logra asomarse sobre el paisaje. Sólo la catedral. Y vista por dentro, anonádame. ¡Oh los arcos inmensos, las esbeltas columnas, la techumbre distante, la cúpula retadora. Los ojos extasiados del niño se paseaban deslumbrados por aquellas arcadas, por aquel crucero de los arcos torales, por aquel altar en que el caballo de San Fernando parece que se asoma a una catarata. Y en las noches de fiesta, bajo el arrobó de la navidad, abríanse asombrados cuando la catedral estaba iluminada y como en ascuas. Todo blanco, todo refulgente. Entónces las figuras del obispo y de los canónigos moviéndose

se sobre el estrado del coro, y el altar de plata, y la música de los villancicos que se esparcía por las naves, y el olor a incienso, y el ronroneo de los broncees afuera, eran el asombro del alma infantil. Qué de las mil y una noches y qué de la fantasía de Schezrezada! Esa catedral, enorme, cuajada de luces, era el palacio y el castillo, y el jardín de Aladino y la puerta del cielo.

En las catedrales góticas concretan la elación mística en las líneas que ascienden por los haces de columnas, que se entrelazan en altas ojivas y las bóvedas de crucero, se remansan en los rosetones calados y subiendo por las flechas estallan como un cohete en los pétalos del florón. Las de estilo románico; de arcadas superpuestas, de columnas bajas y gruesas, de ventanales angostos y aspilleras en las torres, parece que tuviesen que ver con las asechanzas a los primeros cristianos, los esfuerzos heroicos por imponer la verdad de Cristo y las conquistas que la catolicidad fue haciendo sobre los distintos pueblos y en los diversos siglos. Es lo que sugiere ese juego de las líneas verticales y las horizontales. Estas del neoclasicismo español, amplias, de columnas altísimas, de arcos inmensos, francos ventanales y claraboyas, en que todo se ve desde cualquier punto, en que el aire y el sol entran libremente y la luz juega como en espacio abierto, dicen de la fe sin peligros, de la religión practicada generosamente, del espíritu franco de la nueva raza. Aquí no la penumbra mística, ni el eco sordo, ni el rumor que se esparce a través de laberínticas naves. Aquí la claridad completa, la audición directa. En el neoclasicismo español, la arquitectura no les solicita ayuda a la pintura y a la escultura. Ni cuentan casi para nada las artes decorativas. La sobriedad del conjunto es la nota dominante. Todo en ella es ella misma. Tiene el orgullo de su autonomía.

La catedral de Antioquia tuvo un origen municipal.. Sea dicho en honor de los hombres de aquel

ayuntamiento que a fines del siglo XVIII se reunieron con la asistencia del cura don Salvador Cano y bajo la presidencia del gobernador don Víctor Salcedo, y resolvieron derruir la vieja iglesia parroquial, la segunda, para levantar sobre el sitio que ella ocupaba una catedral. En la tradición española, el municipio era una entidad autónoma, personificación jurídica de la ciudadanía, y dueño de sus destinos para entender de las cosas que a ésta competen.

Cinco mil pesos colectados en un cabildo abierto, con destino a una obra que había de costar trescientos mil, he ahí todo lo que existía para la magna empresa. Pero había más: el encargo dado a don Juan Esteban Martínez para dirigir y financiar los trabajos, la voluntad de este hombre y su fe en "la Pura y limpia."

Mirad el cuadro: de las playas del Tonusco y del recodo del hoyo vienen las recuas, conducidas por los esclavos, trayendo la excelente arena y la piedra. Amásase el barro en el tejar de la catedral, colócanse los adobes frescos bajo el amplio cobertizo hasta que el horno incandescente los quema y los vitrifica. Se oye el tac del hacha y los machetes en el bosque distante, cortando la madera para los andamios. Después por los caminos que vienen del Cauca traen los bueyes de amplia cornamenta y paso de camellos las rastras como capas magnas. Blanquea la cal en las canteras de Goyás, regaladas por doña Rita de Arrubla. Por el camino de ruedas hecho hasta el llano de Juan de Dios bajan las carretas con esta bella piedra de granito que desafía los siglos. Hay cantos de nigricia entre el ajetreo de la construcción, como reminiscencias del Africa distante. Van y vienen los obreros, los capataces, los ayudantes. Asoma aquí un muro, grueso como el de una fortaleza. Alzase allí un andamio. La argamasa prepara y se ensaya, sin análisis científico pero con certera apreciación empírica. Y en medio de to-

do, don Juan Esteban Martínez, serio y a la vez amable, activo, va de un lugar a otro, imparte órdenes, reprocha la pereza, estimula la actividad, comunica su entusiasmo y dále fuerza imponderable a la tarea. Yo veo, en tardes luminosas, y tras la siesta de los señores, cómo éstos, interesados en el progreso de la fábrica, vienen a verla, giran en torno, aprecian su adelanto, conversan y charlan, confiados unos, desconfiados otros, hasta que la noche, caída desde la cordillera distante, disuelve los contornos de las cosas y sume todo en el silencio.

La obra marcha lentamente. Ahorros y economías, y sacrificios, y contribuciones generosas, y ayuda personal en aquellos convites, la institución social más vieja de nuestras costumbres, en que todos los habitantes, sin distinción de sexo, edad y condición, concurrían a transportar materiales, traducíanse en progreso de la fábrica. Ya ésta daba idea de lo que iba a ser, cuando surgió el primer contratamiento. Murió el indio Ortiz, el alarife bogotano traído para la capitanía de los trabajos, en los precisos momentos en que se llegaba a la parte más difícil: los arcos. Las columnas extendían los brazos como en una aspiración. Se iba a verificar el milagro contra la gravedad. La piedra sobre el vacío, sin el punto de apoyo. Murió el indio Ortiz y su muerte fuera como si se quitase la formaleta de los arcos en comienzo. Cómo no, si el indio Ortiz era, técnicamente, el sostén de toda aquella obra. Pero el maestro había vaciado sus capacidades en un hijo que, para honor del progenitor, iba a superarlo. Obligólo don Juan Esteban a construir arcos en el patio de su casa. Ensayólos con pesos, y los arcos resistieron. Estaba salvado el inconveniente. Y un buen día el joven Ortiz puso las claves en los arcos, quitó las cimbras, y las pesadas piedras quedáronse gravitando en el vacío, en un juego de fuerzas laterales como las que debieran obrar en la estructura social del mundo, en que todos los hombres y todas las clases

se sostuviesen mutuamente. ¿Acaso Dios, al extender el arco iris en señal de alianza no quiso indicar que el arco era el símbolo de toda cooperación y la única forma de toda convivencia?

Faltaba un último contratiempo. La república arde en la guerra emancipadora. El Libertador, vencedor en Boyacá, quiere realizar íntegramente el sueño de Casacoima, porque él no sabe soñar en vano. Ordénase el reclutamiento de los esclavos, como una forma de darles esperanzas de libertad. Don Juan Esteban Martínez y el gobernador don José María Ricaurte pactan el primer prevaricato — noble y bello delito el suyo! — en virtud del cual los esclavos de la Virgen no serían presentados para la leva. Pero el amor a la libertad hace milagros. Qué significa arriesgar la vila, si en el juego puede ganarse el dón preciado? Supieron los esclavos el convenio y el día del examen se presentaron. No era posible rechazarlos. Salieron, pues, del dominio de la Virgen para acogerse a la dictadura del cuartel. Cuántos volvieron, yo no lo sé. Cuántos se cubrieron de gloria, tampoco. Sólo sé que nuevos esclavos adquiridos por la fábrica, concluída ella, fueron asimismo libres. La Virgen no podía ser menos generosa que la república!

Ya la empresa maravillosa toca a su fin. En las cabeceras del Tonusco derriba el hacha el cedro secular para las vigas. Las gruesas guaduas son disecadas en la plaza como un cuerpo de anfiteatro. Abiertas y picadas, van a cubrir la armazón de los techos. Una mano emocionada coloca la última teja. Quítanse los andamios. Y el martillo privilegiado del maestro Francisco Correa repuja la plata para el altar, que desde entonces no ha podido ser igualado y que podría figurar junto a las obras mejores de los orfebres del renacimiento. Han pasado cuarenta años. Cuarenta años parecen ser el tiempo de todas las heroicas empresas. Cuántos de los que vieron colocar la primera piedra han desaparecido.

Cuántos de los que vieron llegar los muros a la altura de la imposta han dejado de ser. Cuántos de los que vieron el voladizo de la última corniza se marcharon definitivamente. Como los israelitas en el desierto, en esos cuarenta años de peregrinaje de su anhelo quisieron llegar hasta el fin o desesperaron de no llegar. La catedral no era la obra para una generación. En los secretos de la naturaleza, el individuo no es nada y la especie lo es todo. La vida labora para la conservación de las especies. En los secretos de la Providencia, los individuos son también accidentes para las empresas divinas y el género humano lo es todo. La catedral estaba destinada no para los que la vieron empezar, ni para los que la iban a ver concluir, sino para las generaciones. Cumple así el templo el maravilloso significado de ser imagen de la iglesia, como cuerpo místico, edificada sobre la roca eterna, ante la cual pasan los hombres, los imperios y los tiempos, y ella permanece. Pero don Juan Esteban, por gracia de la Inmaculada, el objeto de su culto hiperdúlico, más feliz que Moisés que apenas columbró en la distancia las campiñas de la promesa y apenas intuyó en ella al templo de la futura Jerusalén, don Juan Esteban vio realizado el sueño de su alma.

Y un mejor día la obra es consagrada con crisma santo. De ello hace precisamente un siglo. Las multitudes, apiñadas, fervorosas, radiantes de entusiasmo, llenan el templo. En el altar oficia el obispo Juan de la Cruz. Una santa emoción embarga a la concurrencia al acercarse el momento de la consagración. Aquellos ocho lustros de trabajo, de tesón, de sacrificios, de generosidades, de esperanzas, y esta otra obra magnífica, se concretan en la pequeña forma. Sólo para ese diminuto disco en que entraron diez granos de trigo, se hizo toda esta mole. Así como una montaña de tierra, sometida al laboratorio, da un solo grano de radium, esta montaña de cal y canto, labrada pacientemente, se reduce

a esa misma cantidad de pan que, como la sustancia misteriosa del laboratorio, irradia vida, gracia y salud. Alzase la hostia en las manos del obispo, inclínanse las cabezas de los abuelos; iluminanse de mística emoción las caras de los esclavos, despide felicidad el rostro severo de don Juan Esteban, sueñan en lo alto de la torre los bronces, y por toda la comarca corre como un murmullo con la presencia de Dios. "Cristo ha triunfado en la Iglesia — tiene dicho un escritor — y la Iglesia en la catedral."

Estaba realizado el anhelo de los antioqueños. El vasto territorio descubierto y colonizado por César y Robledo había sintetizado en granito, según la concepción eclesiástica, el símbolo de la patria celestial, de aquella Jerusalén eterna, "visión feliz de la paz — dice el himno de la dedicación — formada de piedras vivas y coronada de millones de ángeles."

Esperábansele, sin embargo, a la nueva desposada horas de prueba y de dolor. Y es que esta catedral de Antioquia ha tenido la vida accidentada de los hombres. Cerrada una vez, por poco tiempo, cuando el personal había tenido que ausentarse, volvió a estarlo cuando la Santa Sede dispuso la traslación a Medellín. El 8 de diciembre de 1867 cesaron los oficios capitulares y el templo debía bajar a la categoría de iglesia parroquial. Debía bajar, pero no bajó. Los vecinos, que edificaron este templo para catedral, no se resignaron a verlo disminuido en su categoría. La catedral dejó de actuar como reina, pero no abdicó. Toda llena de dignidad recogióse en sí misma y esperó. Las llaves, lo sabéis vosotros, y el caso es único en la historia de Colombia, pasaron a poder de la municipalidad. Ya vimos que la catedral había tenido un origen municipal.

No había de durar la injusticia. La catedral fue restituida a su categoría por bula de 20 de enero de 1873. Joaquín Guillermo González, el nuevo obis-

po, hidalgo caballero, venía a rescatarla como a una princesa encantada. A las dos de la tarde del 25 de septiembre ocupó el estrado que se levantaba frente a la puerta principal, y a esa misma hora, el presidente del concejo, en nobles palabras, le hizo entrega de las llaves. Memorable fue el discurso que pronunció en esa ocasión el señor González. Sin embargo, era tanta su emoción por la augusta solemnidad del acto, que — dice el historiador de estas jornadas — fue la única vez que se inmutó al hablar, no encontrando palabras para expresar lo que sentía. El que llenó de asombro por la elocuencia a don Julio Arboleda! Pasó el obispo las llaves al presbítero Leal. Sonaron los viejos goznes, gimieron de alegría las fuertes alas y la luz del sol poniente, entusiasta como la muchedumbre, penetró primero al sagrado recinto.

Después, aunque no han faltado amenazas, la catedral ha conservado su rango y cumplido los objetivos para que fue construída. Hoy celebramos su primer centenario. En el vasto territorio antioqueño levántanse cuatro más, suntuosas y admirables dos de ellas, monumentos soberbios de la arquitectura gótica y la románica. Pero esta es la madre, está coronada de glorias, y a pesar de los años conserva su misma majestuosa belleza.

Los castillos ingleses encierran más valor venal y mayor mérito histórico si los acompaña la leyenda o si en sus muros quedó escrita la tragedia. Como el vino, mientras más añejos, más valiosos. La catedral tiene esta pátina. Guarda la torre memoria de la prisión sufrida por curas díscolos e impuesta por la rigidez de los ordinarios. El viento, al colarse por entre los enrejados, trae reminiscencias de suspiros. Y nadie ignora a la dama del monumento. El padre Valerio, un varón santo y sencillo, la vió una noche de jueves santo postrada ante la gradería. Quién podía haber sido? Doña Juana, doña Tomasa, doña Rita, doña Teresa? Nadie ha vuelto

a verla. Ni identificarla podría. Sólo que este fantasma, real o imaginario, no infundía terror porque no andaba en lances de venganza. Se vino de ultratumba, sólo vino a servir de lámpara espiritual ante la celda solitaria de Jesús.

No ignora nadie tampoco la historia de un robo singular en el que desaparecieron todas las joyas y objetos valiosos del templo. Epoca fue de alarmas, en que los hijos de la ciudad querían defender su patrimonio de posibles acechanzas. Todos los objetos robados volvieron otra vez a su puesto, en la misma forma misteriosa en que habían desaparecido. Quiénes perpetraron aquella cívica hazaña? Nadie a podido saberlo a ciencia cierta. El secreto fue tal, que el curso de los años no arrancó del que se suponía único sobreviviente de los autores una sola confidencia en lo más íntimo de la conversación familiar. Todo para que la historia de la catedral quedara desligada de nombres.

Don Rufino Cuervo escribió una página ilustre sobre la lengua patria, en la que simboliza "cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar". En ella afirma cómo, en tierra extraña, "aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas como aquella donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria". ¿Acaso las campanas que oímos en la infancia no suscitan iguales emociones? No son ellas la voz de la ciudad, dulce y sabrosa, acariciadora y maternal? Por mí puedo decir que si escuchara, por las ondas del radio, el rumor de estas campanas de la catedral, su amable són provocaría inefables recuerdos. Y dondequiera

que me hallase, no importa la distancia ni el tiempo de ausencia, las reconocería al punto. La pequeña inicia el repique con su rentintín agudo y su canto de jilguero. La segunda y la tercera entran el coro de francas y sonoras como a un animado parloteo. Tiene alto vigor la cuarta y esparce notas recias y timbradas. Y cuando entra la quinta, la hermana mayor, siempre la última, de voz llena y profunda, sus vibraciones largas son como una tela en que bordean su música las otras. Yo las he oído en la media noche, alegres y juguetonas, anunciando las grandes festividades. Las he escuchado doblar, gemebundas, graves y solemnes, en las horas de infortunio. Y cuando el incendio asoma sus lenguas siniestras sobre los techos tutelares, las he sentido llamar, angustiadas y convulsas. Las escuché también un día, enojadas y violentas, como tambor de guerra, llamando a somatén.

Mirad: sobre las landas de la vega, junto al río, en la ladera de las lomas, inclínanse los labriegos sobre los surcos que humedece el sudor. Apenas se escucha en torno el rumor del agua que rueda entre las piedras, o el canto de los pájaros o la cuerda incansable de las cigarras. Pero de pronto una melodía distante entremezcla sus notas. Son las campanas de la catedral. Los labriegos levantan el busto, apoyan las manos en el cabo de la azada y escuchan. No tiene más vida, ni más realidad el cuadro de Millet, que éste de la campiña antioqueña.

La catedral tiene para nosotros un sentido maternal. Nos dirige, nos congrega, nos acoge. Es regazo amoroso para los habitantes. En su fiesta jubilar nos ha traído aquí. Y los que no han podido venir, se unen a ella, espiritualmente, en los diversos lugares de la república. ¿No habéis visto vosotros, en las noches cálidas, cómo buscan su amparo o su compañía ciertos hombres de edad madura, recostada la cabeza sobre las piedras de la base? La escena ha sido siempre igual, aunque los personajes ha-

yan cambiado. Las horas transcurren lentas y tranquilas. Acaso van hasta ella sólo por recibir la nocturna brisa? No, que se acercan con el mismo infantil ademán con que el niño se apoya en las rodillas de la madre. Huérfana el alma de todo humano afecto quizás, siéntense más hijos de la ciudad y la ciudad toma para ellos forma en la catedral.

Como Roma sin la cúpula de San Pedro, como París sin su torre Eiffel o como Sevilla sin su Giralda, esta ciudad de Antioquia quedaría mítica y baldada sin su catedral. ¿Cómo poder entender nosotros, los que nos levantamos a su sombra, que un día pueda desaparecer, dispersas sus piedras, derruida su techumbre, hechas muñones sus columna? Porque la juzgamos eterna confiamos, siendo niños, a la perennidad de sus muros nuestros hombres efímeros. Pero no quiero significar solamente la fábrica material. Cómo entender tampoco que mañana pierda su categoría, cesen sus funciones capitulares, emudezca su órgano y desaparezca el solio de su obispo? Y sin embargo, la indigencia en que se halla y la incomprensión de los hombres parecen afirmar estos desoladores presagios. Que no sea mientras vivamos nosotros. Que no sea mientras el último de los descendientes de don Juan Esteban Martínez, y del maestro Francisco Correa, y del indio Ortiz tengan un soplo de vida. Que sea después.

Tú, Juan Esteban Martínez, padre Abraham del civismo antioqueño, que debes tener un puesto junto al trono de Dios, vela porque se conserve esta tu obra. Que ni el rayo hiera otra vez los recios muros, que ni el huracán agite como un teclado las tejas de la alta techumbre y sople notas de muerte por los huecos sonoros de las claraboyas, que ni el sismo terrífico sacuda nuevamente, como en 1883, la firme torre y el testero de la cruz. Pero que ni se mueva la mano que quiera dejar a tu obra sin vida espiritual y a la ciudad sin la presea de un título que le pertenece.

Y tú, Inmaculada Concepción inspiradora y animadora de don Juan Esteban, que desde hace un siglo contemplas, con ojos amorosos, el desfilar de los hijos de la ciudad por las anchas naves, vé que se cumplan los deseos de ese hijo predilecto de tu gracia y de tu corazón. Asístelo en sus demandas. Fuiste para él durante los cuarenta años de lucha el faro de su esperanza y el motor de su actividad. Sé ahora la eficacia de sus ruegos, por los siglos de los siglos.